



Lectura del santo Evangelio según san Mateo 17,1-9:

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: «Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.» Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temáis.» Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»



EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO (Benedicto XVI)

La liturgia, tras habernos presentado el domingo pasado el Evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, nos invita a reflexionar sobre el acontecimiento extraordinario de la Transfiguración en el monte. Considerados juntos ambos episodios anticipan el misterio pascual: la lucha de Jesús con el tentador preanuncia el gran duelo final de la Pasión, mientras la **luz de su Cuerpo transfigurado anticipa la gloria de la Resurrección**. Por una parte, vemos a Jesús plenamente **hombre**, que comparte con nosotros incluso la tentación; por otra, le contemplamos como **Hijo de Dios**, que diviniza nuestra humanidad.

De esta manera, podemos decir que estos dos domingos constituyen pilares sobre los que se apoya todo el edificio de la Cuaresma hasta la Pascua, es más, toda la estructura de la vida cristiana, que consiste esencialmente en el dinamismo pascual: de la muerte a la vida.

() La montaña, el Tabor como el Sinaí, es el lugar de la cercanía con Dios. Es el lugar elevado respecto a la existencia cotidiana en el que se respira el aire puro de la creación. Es el lugar de la oración, donde se está en presencia del Señor, como Moisés y como Elías, que aparecen junto a Jesús transfigurado y hablan con él del «éxodo» que le espera en Jerusalén, es decir, de su Pascua.*

La Transfiguración es un acontecimiento de oración: al rezar, Jesús se sumerge en Dios, se une íntimamente a Él, adhiera con su propia voluntad humana a la voluntad de amor del Padre, y de este modo la luz le penetra y aparece visiblemente la verdad de su ser: él es Dios, Luz de Luz. Incluso los vestidos de Jesús se vuelven blancos y resplandecientes.

Esto recuerda al Bautismo, el vestido blanco que llevan los neófitos. Quien renace en el Bautismo es revestido de luz, anticipando la existencia celestial, que el Apocalipsis representa con el símbolo de las vestiduras blancas (Cf. Ap 7, 9.13). Aquí está el punto crucial: la transfiguración anticipa la resurrección, pero ésta presupone la muerte. **Jesús manifiesta a los apóstoles su gloria para que tengan la fuerza de afrontar el escándalo de la cruz, y comprendan que es necesario pasar a través de muchas tribulaciones para llegar al Reino de Dios.**

La voz del Padre, que resuena en lo alto, proclama a Jesús como su Hijo predilecto, como en el bautismo del Jordán, añadiendo: «*Escuchadle*» (Mateo 17, 5). **Para entrar en la vida eterna es necesario escuchar a Jesús, seguirle por el camino de la cruz**, llevando en el corazón como Él la esperanza de la resurrección. «*Spe salvi*», salvados en la esperanza. Hoy podemos decir: «Transfigurados en la esperanza».

Se necesita un corazón muy puro para penetrar en este misterio. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*, dice Jesús en su Evangelio. Verle a Él en la transfiguración exige mirada muy clara. La liturgia lo ha comprendido así. Cuando la Iglesia celebra este misterio, en la oración poscomunión de la misa pedirá, para cuantos participen, un corazón puro para saborear la belleza de este misterio de la vida de Jesús, de tanto consuelo y alegría para nuestras almas.

Jesús ha escogido sólo a tres discípulos: Pedro, Santiago, Juan. Sólo ante ellos, prescindiendo de los demás, se transfigurará. Ha elegido precisamente a los tres que destina a testigos de sus agonías en Getsemaní. Y nos escoge a todos nosotros, entre millones de personas que se mueven en el mundo, para asociarnos a su triunfo antes de acompañarle en esa su pasión prolongada que es nuestro paso por la tierra. **Quiere hacernos firmes en la fe, dilatados en la esperanza, fuertes en la caridad**, al transfigurarse en la oración ante nosotros, para que no desertemos de nuestra vocación a la santidad, combatida por un mundo que nos asfixia con su materialismo desbordado.

No quiere que se realice en nosotros lo que en muchos: *Venida la tribulación o persecución por causa de la Palabra, luego se escandalizan y retiran*, como anunció en la parábola del sembrador. En la transfiguración, Él pretendió —apunta León Magno— **arrancar del corazón de sus discípulos el escándalo a la cruz**. Eso mismo quiere para nosotros: curarnos en salud ante el dolor inesperado, ante el misterio de sufrimiento esperanzado que es la vida del hombre injertado en Cristo por la fe y el bautismo. Quiere prevenir nuestra extrañeza ante el dolor. Quiere hacernos pensar que estamos llamados a completar, como nuevos cireneos hoy, la obra redentora de Cristo.

—«¡Dios te salve, Madre de Dios!: tus ojos para mirar, tu corazón para amar, tus labios para besar, tus brazos para abrazar a ese Jesús que se transfigura por mí y para mí en este evangelio. Y **se transfigura para inundarme de fe en lo que nadie cree**, esperanza en quien ninguno confía, caridad flotando en el egoísmo reinante en el mundo».

Se transfiguró delante de ellos

Así lo dice el evangelio. Sin alterarse, sus facciones se revisten de belleza inusitada, iluminadas, resplandecientes. A través de su sagrado cuerpo, se filtran rayos de divinidad, resplandores de gloria represados en la humanidad de Jesús desde el día de su encarnación. «No hay milagro —dirá Tomás de Aquino—; es que **cesa por un momento ese prodigio habitual que impedía la iluminación de su cuerpo por los resplandores del Verbo**». Al iniciar la misa de esta fiesta, canta la liturgia: «*Tus fulgores iluminaron el mundo entero, la tierra se conmovió y tembló*». Y mi alma quiere también quedar iluminada con tus destellos. Esfuerzan y consuelan. Son brisa en el ardiente estío, luz en la desolación oscura. Mira a Jesús transfigurado, te dice la Iglesia. Es el resplandor de la luz eterna, del Padre de los cielos, espejo sin mancha, imagen de su bondad.

Su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. (Mt.). Marcos añade una comparación pintoresca para encarecer su blancura deslumbrante: blancos sus vestidos *como no puede dejarlos ningún batanero del mundo*. Quizá se acordaba de las túnicas brillantes de lino, blanquísimo como nieve, que llevaban los *candidati*, futuros cristianos, en Roma, Atenas, Egipto.

Los tres apóstoles contemplan boquiabiertos la escena. No saben salir de su asombro. Como sus compatriotas de entonces, como los nuestros de hoy, acostumbrados a no creer más que lo que se palpa y entra por los ojos —dinero, comodidad, placer—, quedan anonadados. Extasiado también yo, **debo dejar penetrar en mi alma ese resplandor vivísimo que irradia de Jesús transfigurado**. Así, los amores de la tierra, efímeros y engañosos, no me seducirán de nuevo, haciéndome un número más de la multitud paganzada que me rodea.

Este es mi Hijo amado

Una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco». Los apóstoles empiezan a vislumbrar que también ellos son hijos del Padre, quien también

en ellos tiene sus complacencias, si cumplen la consigna: *Escuchadle*. «Este es mi hijo querido», sientes tú que te repite en la oración, **si cada momento del día escuchas a Jesús haciendo su voluntad**. El misterio de la transfiguración es para nosotros robustecimiento en la fe. De nuestra fe en la divinidad de Cristo, camino, verdad, vida —luego el mundo es mentira, muerte, despiste—, en que somos hijos adoptivos, según lo anuncia y simboliza la voz que se escapa de la nube resplandeciente. Viviendo la fe en ese doble misterio, renunciando a creer como verdadero y definitivo lo que se palpa con los sentidos y el mundo admite como axioma, llegaremos a ser coherederos del Rey de la gloria y participantes de su triunfo eterno.

Es la petición con que la Iglesia nos envuelve al hacer oración colecta de la misa de esta fiesta: «*Señor Dios, que con el testimonio de Moisés y Elías fortaleces nuestra fe en la gloriosa transfiguración de tu Unigénito y por la voz que sale de nube esplendorosa nos revelas maravillosamente nuestra adopción plena de hijos tuyos: haznos a todos coherederos del mismo Rey de la gloria y participantes de su triunfo*».

Los apóstoles no se limitaron a extasiarse ante la maravilla de Jesús envuelto en fulgores de divinidad. Pedro, tomando la palabra en nombre de todos —esto le gustaba mucho, aunque a los demás les hacía poca gracia; el Evangelio es eterno; ayer como hoy pasa lo mismo—, dijo a Jesús: *Señor, bueno es estar aquí*. Le iba tan bien en la oración, que ya le repugnaba dejarla; querría quedarse ahí para siempre. «Hay días —me escribía alguno— que me va tan bien en la oración, que me estaría una eternidad; otros, en cambio, desde que entro en la iglesia, parece que me están pinchando para que salga». Así somos todos de volubles. ¡Como para que nos hagamos caso y nos demos importancia! No sabemos ni cómo estamos, y, cuando creemos que estamos fatal, estamos mejor que nunca, si **la humildad, persuasión de nuestra nada y del todo de Dios, nos invade inundándonos de paz**.

Recojamos el ruego de Pedro. Digámosle también a Jesús: *Señor, bueno es estamos en oración, mientras se prolongue la peregrinación en la tierra*. Mi alma quiere tener flexibilidad de girasol. Su vértice está siempre buscando el sol. Así, durante el día, **mi alma está buscando agrandar a Dios**, gozándome en que su voluntad se cumpla sobre mí. Que nada extraño a ese querer divino se introduzca en mi alma. Sería como piedra cayendo en terso lago, perturbando la inmovible serenidad de su superficie cristalina.

Tengo que vigilar imaginación y sensibilidad: el binomio peligroso. Quiero controlar con amor mis sentidos, ventanas del alma que cuelan de contrabando imágenes perturbadoras de esa paz que necesito para contemplarte transfigurado en mi alma, en mi vida, en los demás. Quiero ser como niño viendo el rostro de su madre. **Hacer o no, según la mirada que en ese momento me dirija María**.

«Tú, Jesús, estás siempre dispuesto a dialogar conmigo en todo lo que me sucede, favorable o adverso. Y yo muchas veces fuera de casa, lejos de mí, cuando, como la familia de Betania, debería estar siempre preparado a recibirte. Tú, Señor, dentro de mí, y yo, fuera: *Tu intus, ego foras*» (San Agustín).

Sólo vieron a Jesús

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. La fe, la esperanza y el amor que irradian la transfiguración de Jesús nos deslumbran. Ciegos para el amor propio, no acertamos a ver sino a sólo Jesús en personas y sucesos, a vivir con la mayor plenitud posible la vida de fe. Con las claridades de la transfiguración nos limpia el Señor de nuestras manchas. Nos hace **contemplativos en la acción**.

San Gregorio Magno **está en el mundo sin ser del mundo**. Contemplando a Jesús, vive la paradoja, es contemplativo en la acción. Exhorta a los fieles a prepararse para el fin del mundo y al mismo tiempo se ocupa de los negocios de la tierra. Era escatológico y encarnacionista, como la Iglesia viva de siempre, como todos los santos. Negocia con los lombardos, mantiene correspondencia con el mundo entero, envía misioneros a Inglaterra, confirma el triunfo de la fe en España contra Prisciliano, reprime la herejía en África, vigila las vicisitudes del cristianismo en Persia y Arabia.

Con una mano impide la desaparición de Roma y con la otra derrama, más allá de los mares, la semilla que haría surgir nuevos pueblos católicos. Bajo sus pies crujía el mundo, y él seguía laborando impávido como quien *veía al Invisible* (Hb 11, 27); miraba a Cristo Eternidad, pues *al alzar sus ojos no veía a nadie, sino a Él, a Jesús solo*, como los apóstoles en el día de la transfiguración.

Transfigúrame. Señor, transfigúrame.
Traspásame tu rayo rosa y blanco.
Quiero ser tu vidriera, tu alta vidriera azul,
morada y amarilla en tu más alta catedral.
Quiero ser mi figura, sí, mi historia,
pero de Ti en tu gloria traspasado.
Quiero poder mirarte sin cegarme,
convertirme en tu luz, tu fuego altísimo
que arde de Ti y no quema ni consume.

¡Oh, mi Jesús alzado sobre el trío
—Pedro, Juan y Santiago—
que cerraban sus ojos incapaces
de sostener tu Luz, tu Luz!
Y no cerrar mis párpados como ellos los
cerraban
con tu llaga de luz sustituyéndote
en inconsútil túnica incesante,
y dentro Tú manando faz de Dios.

No, déjame mirarte, contemplarte
a través de mi carne y mi figura,
de historia de mi vida y de mi sueño,
inédito capítulo en tu biblia,
vidriera que en colores me fraccionas
para unirme después en tu luz blanca
al otro lado de tu barlovento.
Si he de transfigurarme hasta tu esencia,
menester fue primero ser ese ser con límites,
hecho vicisitud, camino de figura,
pues sólo la figura puede transfigurarse.

Toma mis rombos, lava mis losanges,
mis curvas de pecado
justificámelas, compensa y recompensa
mis áreas caprichosas de colores de furia,
mi cristal emplomado y tan frágil,
émulo de tus ángeles traslúcidos,
mi fábula de niño, tu parábola
que esperaba de siempre tu visita de sol.

Pues figura me hiciste y me parezco
a mí mismo en mi vitral naturaleza,
¡oh, mi Hermano en María!, transfigúrame.

Pero a mí solo no. Como a los tuyos,
como a Moisés, fuego blanco de zarza;
como a Elías, carro de ardiente aluminio;
cada uno en su tienda, a ti acampados;
purifícame también a todos,
los hijos de tu Padre

que te rezan contigo o te rezaron,
o acaso ni una madre tuvieron
que les guiara a balbucir el Padrenuestro.
Purifícame a todos, a todos transfigúralos.

Figúralos primero si aún no alcanzan
ese grado en contornos
y tonos apagados de tapices.
Figúralos, Cristo Jesús; aún no son ellos
y por ser ellos claman, pían,
huérfanos pajarillos.

Y luego, ya trazados, ya cumplidos
en su tránsito, pávidos de hombres,
hiérellos, acribílallos,
hazlos flecos de Ti, rayos no ajenos,
ellos siempre aunque en Ti glorificados.

(...)

Mira, Jesús, la adúltera, no aquella
de tus palabras con el dedo en tierra;
ésta de hoy aún es más desdichada
y no piedras le arrojan, sino aplausos y flores,
y la niega el esposo y vive de ella.
Hazla también mirarse en aguas vivas
y cumplirse en sí misma,
de su virtualidad ascender a virtud,
realidad de figura bañada en paz de gracia,
dispuesta a un recrear transverberado.

(...)

Nada me imprime más horror, Dios mío.
Sálvale Tú, despiértale
la confianza, alegría incomparable
de llorar recordando el beneficio
del amigo en que Tú, sí, te escondías.
Allégatele bien, que sienta
su corazón cobarde contra el tuyo,
coincidentes los dos en sólo un ritmo,
un ritmo y del envés ya a flor de flor,
su figura, su rostro limpidísimo.

Que todos puedan en la misma nube,
vestidura de Ti, tan sutilísima
fimbria de luz, despojarse y revestirse
de su figura vieja y en Ti transfigurada.
Y a mí con ellos todos, te lo pido,
la frente prosternada hasta hundirla en el
polvo;
a mí también, el último, Señor,
preserva mi figura, transfigúrame.